

MONICIONES Y ORACIONES SALMICAS

PARA VISPERAS

NOTAS IMPORTANTES SOBRE LA MANERA DE USAR LOS SALMOS

- 1) *En este número de Oración de las Horas, a pesar de estar consagrado a la reflexión doctrinal, incluimos también, excepcionalmente, materiales para la celebración: moniciones y oraciones sálmicas para el segundo salmo de Vísperas de cada uno de los días de las cuatro semanas del Salterio. Pensamos que las vacaciones de verano facilitarán un uso más pausado de algunos salmos.*
- 2) *Con la publicación de este material continuamos el plan de publicar moniciones y oraciones sálmicas para todos los salmos de Laudes y Vísperas: en el n. 44 publicamos ya las correspondientes al primer salmo de Laudes; en el n. 45, al primero de Vísperas; en el n. 48 al segundo (cántico) de Laudes y en este número ofrecemos las del segundo salmo de Vísperas. Proximamente publicaremos las relativas al tercer salmo de Laudes y al tercero de Vísperas (cántico del Nuevo Testamento).*
- 3) *Recordamos (cf. Oración de las Horas, n. 44, pp. 149-150) que para una penetración y vivencia del Salterio es muy importante proceder de una manera pedagógica y progresiva; no aconsejaríamos, por ello, hacer cada día y para cada uno de los salmos exactamente lo mismo, sino más bien profundizar espiritualmente en cada una de las celebraciones un solo salmo, para que al cabo de un tiempo se haya penetrado, con una cierta intensidad, el conjunto de todos ellos: es necesario, advierte la Constitución Sac. Conc., n. 90, que todos "adquieran una formación bíblica más rica, principalmente en lo que se refiere a los salmos"; y la OGLH, n. 102, añade que "cada cual, conforme a sus posibilidades, considere qué modo y con qué métodos puede orar mejor cuando usa los salmos".*
- 4) *Por ello, en concreto, sugerimos:*
 - a) *A los que rezan ya íntegramente a diario el Oficio de Vísperas, que dediquen cada día especial atención a uno de los salmos de la celebración (para ello pueden usar la monición y *Ta* oración sálmica); los otros dos salmos los pueden rezar de la forma habitual.*
 - b) *Los que rezan el Oficio pero van iniciándose en la oración eclesial (v. gr. algunos laicos o familias (cf. Oración de las Horas, n. 52, pp. 27-30): cada día podrían usar como oración de la noche uno de estos salmos, precedido de la monición que ofrecemos y de una de las oraciones sálmicas. Si disponen de algo más de tiempo, después podrían añadir la lectura bíblica*

precedida de la monición que ofrecemos para estas semanas en Oración de las Horas, n. 53, pp. 409-442.

- 5) *Los que tienen la colección de Oración de las Horas a partir del n. 44 y han usado las moniciones de los nn. 44, 45 y 48 ya se habrán iniciado en algunos salmos; para ellos las moniciones que hoy ofrecemos les prolongarán el camino iniciado. Los que no tienen estos números pueden empezar con este segundo salmo de Vísperas que hoy ofrecemos; el orden con que se va profundizando en los salmos es indiferente.*
- 6) *Advertimos que los números 44, 45 y 48 de Oración de las Horas están totalmente agotados, pero que dicho material pensamos editarlo más adelante en un pequeño volumen que facilite su uso.*

PEDRO FARNÉS, pbro.

DE INTERES

Sobre todo para las comunidades de vida contemplativa

CELEBRACION PROLONGADA DEL OFICIO DE VIGILIA

DOMINGOS DEL TIEMPO ORDINARIO

(manden el valor del importe en sellos de correo)

Hojitas con todos los elementos necesarios para la celebración de estas vigiliass.

Sólo se sirven paquetes con 10 ejemplares, al precio de 15 ptas. por paquete.

Pedidos: Monasterio de San Pedro de las Puellas
(Anglí, 55 - Barcelona-17)

DOMINGO I - I VISPERAS

SALMO 141

El salmo 141 —plegaria de un hombre perseguido y abandonado pero que confía en que Dios le salvará— es una plegaria muy apropiada para empezar en la tarde de hoy la celebración del día del Señor, porque este salmo viene a ser como una profecía del Misterio Pascual de Jesucristo: *Todo lo que describe el salmo —nos dice san Hilario— se realizó en el Señor durante su Pasión.*

En el justo perseguido pero salvado por Dios, sumergido en la angustia pero lleno de confianza, podemos ver a Jesucristo que ahora ora con nosotros que nos hemos reunido en su nombre. Jesús, en efecto, en los días de su Pasión, no encontró *nadie que le hiciera caso, nadie que mirara por su vida*, pero en la Resurrección, el Padre *le sacó de la prisión* y ahora *da gracias a su nombre*, mientras los justos —la Iglesia que, sobre todo en el domingo se reúne a su alrededor para celebrar la Eucaristía— *le rodean* contemplando cómo Dios *le ha devuelto su favor.*

Nosotros, pues, el pueblo de Jesús resucitado, empezamos ahora con este salmo la acción de gracias de este domingo que inauguramos en este momento rodeando a Cristo triunfante, como lo haremos también, unidos a todos los cristianos, en la Eucaristía que será el centro de nuestro domingo.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la L.H., p. 16) sea con la antífona más conocida: En Dios pongo mi esperanza (MD 704) {1}

ORACION I

Con frecuencia, Señor, nuestro espíritu está abatido,
y, ante las muchas dificultades de nuestro caminar de cada día,
nos va faltando el aliento;
ayúdanos, pues, con los ejemplos del misterio pascual de tu Hijo
y afiánzanos en la esperanza de que nos sacarás de la prisión
y nos llevarás al país de la vida,
donde todos los justos rodearán a Cristo,
y por los siglos de los siglos darán gracias a tu nombre.
Por Jesucristo nuestro Señor.

ORACION II

Imploramos, Señor, humildemente tu misericordia
y gritamos a tí, que eres nuestro refugio,
pidiéndote que atiendas nuestros clamores
y hagas que un día podamos gozar de tu heredad en el país de la vida.

(1) M.D. = Cantoral de "Missa Dominical", preparado por A. Taulé Viñas y editado por el Centro de Pastoral Litúrgica - Barcelona - 1971

DOMINGO I - II VISPERAS

SALMO 113A

Acabamos de meditar el salmo 109, que nos ha hecho contemplar el triunfo del Mesías, el Primogénito entre muchos hermanos, a quien el Padre ha prometido poner a *sus enemigos como estrado de sus pies*. Ahora el salmo 113 nos hará contemplar al pueblo, que también triunfante, sigue a Cristo, caminando hacia la libertad definitiva: el nuevo *Israel salió de Egipto, los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente*.

Para la comunidad cristiana este salmo es, pues, sobre todo en el domingo, una evocación de su propia peregrinación, triunfante por lo menos en la esperanza: como Israel se sintió acompañado por Dios durante los años del desierto —*Judá fue el santuario de Dios, Israel su dominio*— así también el pueblo cristiano se ve acompañado por la fuerza de Cristo y de su misterio pascual en su caminar por este mundo.

Que este salmo nos invite, pues, a la contemplación de la victoria de Cristo participada por la Iglesia: *cuando Israel salió de Egipto... en presencia del Señor se estremeció la tierra*; cuando el nuevo pueblo de Dios, siguiendo a Cristo, camina hacia la libertad definitiva también las *peñas* duras de las dificultades se transforman en *manantiales de agua* abundante y así, con paso firme y seguro, contemplando como *el mar huye y los montes saltan como carneros* —es decir cómo se allanan todas las dificultades—, el nuevo pueblo de Dios camina hacia la tierra de la vida.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la L.H., p. 29) sea con una de las siguientes antífonas más conocidas: Por tí Patria esperada (MD 602, sólo el estribillo); El pueblo gime en el dolor (MD 639, sólo una estrofa).

ORACION I

Señor, Dios todopoderoso,
que nos has arrancado del Egipto del pecado
y nos has hecho nacer de nuevo por el agua y el Espíritu Santo,
convirtiéndonos en raza elegida, sacerdocio real,
nación consagrada y pueblo adquirido por ti:
concede a todos los que hemos sido llamados
a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa
proclamar tus hazañas en esta vida
y cantar tus alabanzas con todos los elegidos,
por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor, Dios todopoderoso, te damos gracias y te bendecimos
porque en Cristo, tu Hijo y Señor nuestro,
nos has librado de la esclavitud del pecado,
y, haciéndonos pasar por el agua salvadora del Bautismo,
nos has concedido la verdadera libertad de los hijos de Dios;
haz que el recuerdo de tus maravillas
sea para todos nosotros causa de continua alegría
mientras peregrinamos por este mundo
hasta que finalmente consigamos, de una forma manifiesta, en tu reino
aquella misma libertad que la fe nos asegura que ya poseemos ahora bajo velos.
Por Jesucristo nuestro Señor.

LUNES I

SALMO 14

El salmo 14 servía a los israelitas que se disponían a subir en peregrinación a Jerusalén para examinarse sobre si eran o no dignos de acercarse al templo del Señor; ante la pregunta de los peregrinos: *¿Quién puede hospedarse en tu tienda y habitar en tu monte santo?* los sacerdotes respondían recordando las condiciones requeridas para ofrecer a Dios un culto que le sea agradable. En el Nuevo Testamento Jesús promulga para sus seguidores una doctrina muy parecida a la de este salmo: *Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas sobre ti, deja allí tu ofrenda sobre el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt 5,23).

Este salmo, pues, escuchado al fin de la jornada, viene a ser como una invitación a la reflexión sobre las acciones de nuestra jornada e incluso de toda la vida, como un examen de conciencia sobre nuestro comportamiento y sobre el significado mismo de nuestra celebración y de nuestro culto. Que este texto nos ayude a la propia conversión en esta hora tan oportuna para el examen de nuestro día.

Este salmo es mejor que lo proclame un lector; el pueblo puede acompañarlo sea con la antifona propia de este salmo (Véase Celebración cantada de L.H., p. 41) o bien con alguna de las siguientes antifonas más conocidas: Tu palabra, Señor, (MD 706); Enséñame a seguir tus sendas, Señor (MD 743).

ORACION I

Contempla, Señor, a tu pueblo,
que desea hospedarse en tu tienda,
y no permitas que nuestra vida se aparte nunca de tu voluntad;
ayúdanos a proceder honradamente y a practicar la justicia,
para que, obrando así, nunca fallemos
y logremos habitar un día contigo en tu monte santo,
por los siglos de los siglos.

ORACION II

Haz, Señor, que seamos siempre hombres de conducta irreprochable,
que procedamos honradamente, practiquemos la justicia
y no calumniemos con nuestra lengua ni hagamos mal a nuestro prójimo,
para que así merezcamos hospedarnos en tu tienda
y habitar contigo en tu monte santo,
por los siglos de los siglos.

MARTES I

SALMO 20

En su sentido original el salmo 20 es un canto de acción de gracias por las victorias del rey de Israel; viene a ser como una respuesta a la plegaria del salmo 19, que acabamos de rezar, y en el que se pedía precisamente por el triunfo del rey en el combate.

Para nosotros, cristianos, este salmo es como un himno ante la victoria de Cristo Resucitado, como una contemplación gozosa de su triunfo y una acción de gracias por el reino inaugurado en el misterio pascual del Señor. Cristo se siente *colmado de gozo en la presencia* del Padre: *vestido de honor y majestad*, en su resurrección de entre los muertos, ha conseguido *la vida que pidió* y ve que *sus años se prolongan sin término*.

Al rezar este salmo debemos alegrarnos por el triunfo de Cristo sobre el pecado y la muerte y pedir también que esta victoria de Jesús, cabeza de la Iglesia, sea finalmente compartida por toda la Iglesia, que es su cuerpo y por toda la humanidad, última destinataria de la lucha de Cristo contra el mal: *levántate, Señor, con tu fuerza y al son de instrumentos cantaremos tu poder*, cuando contemplaremos la humanidad entera glorificada en el último día.

Este salmo es mejor que lo proclame un lector; el pueblo puede acompañarlo sea con la antífona propia de este salmo (véase Celebración cantada de L.H., p. 54) o bien con la antífona más conocida: Cantemos al Señor, sublime es su victoria (MD 737).

ORACION I

Señor, tú que has puesto en la cabeza de Cristo
una corona de oro fino
y, al resucitarlo de entre los muertos
les has concedido el deseo de su corazón;
otorga también a tu Iglesia vida, victoria y bendiciones
para que, superando todas las adversidades,
se sienta colmada de gozo en tu presencia.
Por Jesucristo nuestro Señor.

ORACION II

Tú Señor, que has concedido a Cristo la vida que te pidió,
otórganos también a nosotros el deseo de nuestro corazón:
cólmanos de gozo en tu presencia
y al son de instrumentos cantaremos tu poder
por los siglos de los siglos.

MIÉRCOLES I

SALMO 26 B

La segunda parte del salmo 26 —en realidad se trata de un salmo distinto— es la súplica y lamentación de un pobre perseguido y abandonado, a quien incluso parece que Dios ha escondido el rostro.

No resulta difícil rezar este salmo unidos a Cristo en su pasión: él fue dejado por sus discípulos, sensiblemente abandonado por el Padre en la cruz; él, en el huerto de Getsemaní, oró como nuestro salmista pidiendo auxilio. Pero sobre todo él vivió en plenitud la total esperanza que contiene nuestro salmo: *espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida*, y ello porque él buscó siempre lo que agradaba al Padre, siempre buscó el rostro del Señor.

Unidos, pues, a Cristo que ora con nosotros, hagamos de este salmo nuestra súplica de auxilio ante las dificultades de la vida: *no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación* y expresemos con las palabras de este salmo nuestra total confianza en Dios, por graves que sean nuestras dificultades: *si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá*.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 67) sea con una de las siguientes antífonas más conocidas: **En Dios pongo mi esperanza (MD 704)**
Protégeme, Dios mío, que me refugio en tí (MD 736).

ORACION I

Escúchanos, Señor, que te llamamos:
mira, tenemos enemigos que respiran violencia
y nuestro corazón desfallece;
buscamos tu rostro, Señor, no nos escondas tu rostro,
enséñanos tus caminos
para que un día podamos gozar de tu dicha
en el país de la vida,
por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor, Dios nuestro, fuerza de los que esperan en tí,
tú que no entregaste para siempre a tu Hijo a la saña de sus adversarios
sino que lo escuchaste cuando te llamó,
y le concediste gozar de la dicha en el país de la vida
no nos escondas tampoco a nosotros tu rostro
y haz que quienes te hemos llamado en el día del peligro
podamos gozar de tu dicha,
por los siglos de los siglos.

JUEVES I

SALMO 31

El salmo 31 es una reflexión sapiencial muy apropiada como meditación del fin de la jornada: el hombre que reconoce y confiesa su pecado, dice el salmista, es dichoso y será absuelto de su culpa; éste es un camino posible para todos.

Acabamos nuestro día, quizá insatisfechos a causa de nuestras faltas e infidelidades; reconozcamos y confesemos nuestras debilidades y Dios nos perdonará: *mientras callé se consumían mis huesos; propuse: confesaré al Señor mi culpa y tú perdonaste mi pecado; dichoso el hombre a quien el Señor ha absuelto de su culpa.*

Este salmo es mejor que lo proclame un lector, el pueblo puede acompañarlo sea con la antifona propia de este salmo (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 80) o bien con alguna de las siguientes antifonas más conocidas: **Padre, he pecado contra el cielo y contra ti (MD 932);** **Sí, me levantaré, volveré junto a mi Padre. (MD 931);** **Crea en mí, oh Señor, un corazón puro (MD 729).**

ORACION I

Señor, Dios de misericordia,
que has querido que tu Hijo
cargado con nuestros pecados subiera al leño,
para apartar de nosotros tu indignación;
míranos amorosamente con ojos de padre,
a nosotros, que, como hijos pródigos retornamos a tí,
confesando nuestras culpas, reconociendo nuestros pecados;
haz, Señor, que absueltos de nuestros delitos
encontremos siempre en ti nuestro refugio
y nos veamos rodeados de cantos de liberación.
Por Jesucristo nuestro Señor.

ORACION II

Señor, Padre santo,
tú que absuelves de las culpas
y sepultas los pecados al hombre que no te encubre sus delitos,
escucha nuestras súplicas
y haz que reconociendo nuestro delito
nos sintamos dichosos de tu perdón
y nos alegremos y gocemos contigo,
rodeados de cantos de liberación.
Por Jesucristo nuestro Señor.

VIERNES I

SALMO 45

Sobre un horizonte de guerras y de desastres frecuentes, los israelitas ven a Sión como una ciudad fuerte e invencible: es que Dios habita en ella y por esto, pase lo que pase, aunque *tiemble la tierra y los montes se desplomen*, teniendo a Dios en medio, nada les puede atemorizar.

La confianza plena de este salmo nos es necesaria a los cristianos de nuestro tiempo: no todo va bien ni en el mundo ni en la Iglesia; algunos de los males de nuestros días con frecuencia nos atemorizan en exceso: las injusticias del mundo, las infidelidades de muchos en la Iglesia, nos pueden parecer dificultades aptas para descorazonar incluso a los más fuertes; pero no: *que hierban y bramen las olas, más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor*. Por eso la Iglesia, sabiendo que Dios está en ella, no vacila y sabe esperar contra toda esperanza.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 91) sea con una de las siguientes antífonas más conocidas: **En Dios pongo mi esperanza (MD 704);**
Protégeme, Dios mío, que me refugio en tí (MD 736).

ORACION I

No tememos, Señor, aunque tiemble la tierra,
porque sabemos que nuestro alcázar eres tú,
que tú estás con nosotros
y nos socorres como poderoso defensor en el peligro;
haz que crezca siempre esta nuestra esperanza
hasta que un día podamos contemplar, cara a cara,
tus maravillas, en tu alegre ciudad,
por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor Dios, fuerza y refugio de tu pueblo,
tú que en la adversidad proteges a quienes en tí esperan
y en la prosperidad los defiendes:
escucha las súplicas de tus fieles
y haz que, realizando fielmente tu voluntad,
merezamos ser siempre escuchados por tí.
Por Jesucristo nuestro Señor.

DOMINGO II: I VÍSPERAS

SALMO 15

Literalmente el salmo 15 es la plegaria de un justo que vive rodeado de paganos, que sirven a otros dioses, y de israelitas que, cediendo ante la tentación de la cultura superior del pueblo que les rodea, mezclan el culto al Dios verdadero con los cultos idolátricos: *multiplican las estatuas de dioses extraños*: el autor de nuestro salmo, en cambio, quiere permanecer total y únicamente fiel al Dios verdadero: *los dioses y señores de la tierra no me satisfacen, no derramaré sus libaciones con mis manos*.

Ya en este sentido original nuestro salmo es una oración muy apropiada para quienes en el bautismo hemos renunciado a todo para servir al único Dios verdadero y que en tantas ocasiones hemos renovado nuestro compromiso bautismal; también es una oración muy propia para los que, en la profesión religiosa, han dicho a Dios: *El Señor es mi heredad y mi copa*.

Pero el salmo 15, sobre todo colocado como canto de inauguración del domingo en estas I Vísperas del día de la Resurrección, nos evoca de una manera muy intensa, el recuerdo de Jesús, el plenamente fiel al Padre, el que no siguió dioses extraños ni cedió cuando se trataba del amor al Padre. Por eso el Padre *no dejó a su fiel conocer la corrupción del sepulcro sino que le enseñó el sendero de la vida y le sació de gozo en su presencia*. Que este salmo, pues, nos afiance en nuestra fidelidad bautismal ante cualquier tentación, y, en este domingo, nos recuerde a Jesús resucitado de entre los muertos, dándonos la esperanza de que también nosotros como él seremos *saciados de gozo en la presencia de Dios*; que con esta esperanza *nuestra carne descanse serena*.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 104) sea con la antífona más conocida: **Protégeme, Dios mío, que me refugio en tí (MD 736)**.

ORACION I

Protégenos, Señor Jesús, que nos refugiamos en tí,
y lleva a plenitud en nosotros tu designio de vida y de salvación;
concédenos que, iluminados con el gozo de tu resurrección,
encontremos, un día, en tu presencia, con todos los santos
la alegría perpetua,
por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor Dios nuestro, que en tus inescrutables designios
diste a tu Hijo en heredad
la copa de una muerte amarguísima,
pero no dejaste a tu fiel conocer la corrupción
sino que le enseñaste el sendero de la vida;
haz que también nosotros busquemos solamente en tí nuestra heredad
y podamos por ello gozar, en el día de la resurrección universal,
de alegría perpetua a tu derecha.
Por Cristo nuestro Señor.

DOMINGO II: II VISPERAS I

SALMO 113 B

Israel, probablemente en el tiempo que siguió al destierro, se sentía como humillado en su fe religiosa: todo parecía como si los pueblos vecinos tuvieran dioses más poderosos que Yahvé, pues la situación de estos pueblos era más próspera que la del pueblo de Israel. Es en este contexto que se compone el salmo 113, como acto de fe en el poder de Yahvé frente a los dioses extranjeros.

La tentación de creer que hay dioses más poderosos que nuestro Dios no es una cosa ya superada; también nuestro tiempo tiene sus divinidades en las que no pocos ponen su confianza: el dinero, el poder, los proyectos humanos, los planes propios. El domingo es el día bautismal —muchos cristianos han recibido hoy el baño del nuevo nacimiento— y por ello puede llevarnos fácilmente al recuerdo de nuestros compromisos bautismales; en las renunciaciones del bautismo “renunciamos a los ídolos para consagrarnos al Dios vivo” (1 Ts 1,9). Que el salmo que ahora rezaremos renueve nuestra fidelidad a los compromisos bautismales: los ídolos del mundo *son plata y oro, hechura de manos humanas; Israel, confía en el Señor: él únicamente es su auxilio y su escudo.*

Este salmo el pueblo puede acompañarlo sea cantando la antifona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 118) sea con una de las antifonas más conocidas: *El auxilio me viene del Señor (MD 840, sólo respuesta); Tu reino es vida, tu reino es verdad (MD 823).*

ORACION I

Oh Dios inmenso, que hiciste el cielo y la tierra
y has creado al hombre a tu imagen y semejanza
para que dominara la creación
y al contemplar tu obra, adorara al que la ha creado:
haz que nosotros, tus hijos,
no adoremos nunca la hechura de nuestras manos
sino que te bendigamos únicamente a tí
ahora y por siempre.

ORACION II

Señor Dios nuestro, siempre fiel en el amor,
haz que tu Iglesia no confíe nunca en ídolos, hechura de manos humanas,
sino que ponga siempre en tí su esperanza,
y, anhelando el retorno de Jesús al fin de los tiempos,
bendiga tu nombre ahora y por siempre.

LUNES II: SALMO 44, II :

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 191.

MARTES II: SALMO 48, II

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 192.

MIERCOLES II:

SALMO 66

El salmo 66 es una acción de gracias por la cosecha que ha sido abundante y, al mismo tiempo, una plegaria pidiendo a Dios que continúe mostrando su bondad por medio de nuevos beneficios: *la tierra ha dado su fruto, que el Señor nos bendiga*. Además este salmo —cosa no frecuente—, tiene una fuerte resonancia universal: el salmista, tanto cuando se refiere a la alabanza divina como a los beneficios de Dios, no piensa únicamente en su pueblo sino también en las otras naciones: *que todos los pueblos te alaben, que todos los pueblos conozcan tu salvación*.

El final del día es un momento muy oportuno para dar gracias a Dios de los beneficios de la jornada, para recordar cómo Dios nos ha bendecido hoy y durante toda la vida, para invitar a los hombres y a la creación entera a la alabanza. Y también para pedir a Dios, ahora que las tinieblas empiezan a cubrir la tierra, que *ilumine su rostro sobre nosotros* y sobre los hombres para que *todos los pueblos conozcan su salvación*.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 152) sea con la antífona más conocida:
A Dios den gracias los pueblos (MD 830).

ORACION I

¡Oh Dios! que te alaben los pueblos,
porque por medio del árbol de la cruz,
la tierra ha dado su fruto;
haz que todos los pueblos se congreguen
bajo las ramas de este árbol santo
y que su fruto sea la salvación de todos las naciones.
Por Jesucristo nuestro Señor.

ORACION II

Bendito seas Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos has bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bienes espirituales y celestiales;
tú, que para reconciliar el cielo y la tierra,
has elevado entre ellos el árbol de la cruz,
haz que las ramas de este árbol santo,
se extiendan de un extremo al otro del mundo,
para que todos los pueblos conozcan tu salvación
y, hasta los confines del orbe,
todos los pueblos te alaben.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

JUEVES II: SALMO 71

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 192-193.

VIERNES II

SALMO 120

El salmo 120 es una profesión de fe en la ayuda de Dios de un peregrino que se dirige a Jerusalén; esta profesión de fe es tanto más heroica cuanto que el salmista se ve rodeado de peligros que constituyen una fuerte tentación contra su esperanza: *¿De dónde me vendrá el auxilio?*. El camino es difícil; resbalar, bien posible; pero el salmista no duda: *el auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

También nosotros somos peregrinos en el mundo y también nuestro camino es con frecuencia difícil y lleno de dificultades —el día que estamos terminando nos podría dar seguramente testimonio de ello— con alta frecuencia vivimos la tentación de levantar nuestros ojos a los montes del poder y de los proyectos meramente humanos. Que este salmo nos ayude a reafirmarnos en que sólo Dios es la fuerza absoluta, el único que puede realizar plenamente los deseos de nuestro corazón: *el auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 177) sea con la antífona mas conocida: *El auxilio me viene del Señor (MD 840, sólo respuesta).*

ORACION I

Señor que hiciste el cielo y la tierra,
ven en nuestra ayuda
y no permitas que levantemos nuestros ojos
a los montes de las fuerzas de este mundo;
no permitas que nuestro pie resbale
apartándose del camino de la fe,
haz, por el contrario, que caminemos siempre,
confiando en que tú guardas nuestras entradas y salidas
ahora y por siempre.
Por Jesucristo nuestro Señor.

ORACION II

Guardián de Israel,
tú que no duermes ni reposas,
acrecienta nuestra esperanza en tu auxilio,
y ayúdanos a vivir en paz, refugiados bajo tus alas,
para que seguros de que tú nos guardas de todo mal
avancemos en paz por las rutas de este mundo.
Por Jesucristo nuestro Señor.

DOMINGO III - I VISPERAS

SALMO 112 (1)

El salmo 112 es uno de los salmos que el pueblo judío usaba y usa aún hoy en la Liturgia de la cena pascual; este texto es una alabanza a Dios que al arrancar a su pueblo de la esclavitud de Egipto *levantó del polvo al desvalido y alzó de la basura al pobre para sentarlo con los príncipes*, haciendo de él una nación semejante a las otras.

Por esto precisamente este salmo es muy apropiado para empezar la celebración del domingo cristiano en el que, más aún que en la salida de Egipto, Dios *levanta del polvo al desvalido para sentarlo con los príncipes*: este pobre, este desvalido exaltado por Dios es sobre todo Cristo arrancado del sepulcro, pero es también toda la humanidad que *ha resucitado con Cristo Jesús y ha sido sentada en el cielo con él* (Ef 2,7). Alabemos, pues, el nombre del Señor porque ha realizado maravillas.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 189) sea con la antífona más conocida: *Alabad, siervos de Dios. ¡Aleluya!* (MD 804, sólo la primera estrofa).

ORACION I

Tú, Señor, que en la resurrección de Cristo
has alzado de la basura a tu Hijo
y lo has levantado del polvo del sepulcro
y en su admirable ascensión lo has sentado
con los príncipes de tu pueblo
colocándolo a tu derecha en las alturas,
tanto más encumbrado sobre los ángeles
cuanto más sublime es el nombre que ha heredado,
escucha ahora la oración de tu Iglesia,
que empieza a celebrar, en este domingo, la victoria de tu Hijo
y concédele que también ella un día, juntamente con Jesucristo,
pueda sentarse con los ángeles en tu gloria
y alabe tu nombre por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor Jesucristo, Hijo de Dios eterno,
que no hiciste alarde de tu categoría de Dios
sino que tomaste la condición de esclavo, pasando por uno de tantos,
para levantar del polvo al pobre;
haz que la humanidad entrando a formar parte de tu Iglesia
tenga un puesto en tu casa como madre feliz de hijos
que alaben tu nombre ahora y por siempre.

(1) En la edición definitiva de Liturgia de las Horas éste es el salmo primero (no el segundo) de las Vísperas de hoy; el salmo segundo es el 115, comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 196.

DOMINGO III - II VISPERAS

SALMO 110

El salmo 110 podemos decir que es un buen colofón de la celebración del domingo; meditado al final del día del Señor nos ayuda a dar como una mirada retrospectiva a los grandes misterios que hemos conmemorado y vivido en este día: *Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para todos los que las aman.*

El domingo, en efecto, nos ha recordado que *el Señor envió la redención a su pueblo*: la resurrección de Jesucristo que hoy hemos conmemorado es el inicio de la resurrección universal; lo que el hombre tanto deseaba, su más preciada heredad, la ha obtenido ya: la resurrección iniciada por Jesús es, más aún que la antigua posesión de Canaán, la heredad por la que la humanidad tanto suspira. *Nos ha dado, pues, la heredad de los gentiles.*

Recordando siempre su alianza, da alimento a sus fieles: la Eucaristía, que hoy todos los cristianos hemos celebrado, ha hecho presente la alianza de Dios con los hombres, ha sido como el memorial de su promesa de resurrección universal: *el que coma de este pan vivirá para siempre* (Jn 6,51).

Podemos decir, pues, que este salmo, que ya para Israel era un himno de renovación de la alianza, es para nosotros como una nueva eucaristía vespertina que nos recuerda cómo el Señor *ha hecho maravillas memorables* para con nosotros. *En compañía de los rectos, pues, en la asamblea recordando cómo la obra de Dios es esplendor y belleza, demos gracias al Señor de todo corazón.*

ORACION I

Dios de ternura y de amor,
gloria de la Iglesia y gozo de todos los santos,
danos la primicia de la sabiduría que es tu temor,
y haz que sepamos admirar el esplendor y belleza de tu obra,
para que, en compañía de los rectos, en la asamblea,
celebrems en la eucaristía
el memorial de tus maravillas,
ofreciendo en medio de ella nuestro sacrificio de alabanza,
y encontremos en este alimento que tú das a tus fieles
la prenda de nuestra esperanza.
Por Cristo, nuestro Señor.

ORACION II

Haz, Señor, que en compañía de los rectos, en la asamblea,
te demos gracias por el esplendor y belleza de tu obra
y al participar en la eucaristía,
memorial de tus maravillas,
encontremos el alimento que tú das a tus fieles
como prenda de su futura resurrección.
Por Cristo, nuestro Señor.

LUNES III

SALMO 123

El salmo 123 es literalmente una plegaria de los "pobres de Yahvé", que todo lo han perdido a excepción de la vida: *hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador*. El autor de este salmo tiene muy presente la catástrofe de Jerusalén en el año 587 —*nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos*— y está muy vivo en su ambiente el recuerdo, aún reciente, de las humillaciones del destierro; pero en medio de tanta dificultad hay que decir con todo, *que el Señor estuvo de nuestra parte*: humillados, sí pero salvados; pobres ahora y desposeídos de todo, pero escapados de algo aún peor que hubiera podido acontecer. Y esta salvación es obra de Dios: *bendito el Señor que no nos entregó como presa a sus dientes*.

Esta plegaria de los pobres de Yahvé cuadra muy bien con la oración cristiana, sobre todo al final del día: Dios permite, con frecuencia, que las dificultades y angustias de la vida nos hagan experimentar nuestra propia debilidad: "conflictos por fuera, temores por dentro, pero el Dios que consuela a los afligidos" (2Cor 7, 5) también, al final, nos saca de nuestras tribulaciones. Por eso también nosotros podemos concluir nuestro día, dando gracias a Dios con el salmista: *el Señor no nos entregó como presa a sus dientes; nuestro auxilio es el nombre del Señor; bendito sea el Señor*.

Este salmo es mejor que lo proclame un lector, el pueblo puede acompañarlo sea con la antífona propia de este salmo (véase Celebración cantada de Liturgia de las Horas, p. 224) o bien con alguna de las siguientes antífonas más conocidas: *El auxilio me viene del Señor* (MD 840, sólo la respuesta); *En Dios pongo mi esperanza* (MD 704); *La verdad del Señor, mi escudo y salvación* (MD 741).

ORACION I

Señor Jesús, que anunciaste a tus discípulos
que serían odiados por causa de tu nombre,
pero que ni un cabello de su cabeza perecería,
sin la permisión de tu Padre;
haz que nosotros, en medio de las pruebas de esta vida
sentamos la protección de tu Espíritu Santo
y nos veamos alentados por su consuelo
de tal forma que, salvados de la trampa del cazador,
confesemos siempre
que nuestro auxilio es tu nombre
ahora y por siempre.

ORACION II

Apártanos, Señor, de la trampa del cazador
que nos asalta y quiere tragarnos vivos;
que nuestro auxilio sea tu nombre
para que no caigamos como presa de sus dientes
antes, cubiertos con tus plumas
y refugiados bajo tus alas,
podamos bendecirte, viendo cómo la trampa se rompió
y nosotros escapamos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

MARTES III

SALMO 130 (1)

El salmo 130 nos invita a una oración sumergida en la confianza y en la humildad: es la plegaria de Israel que ha experimentado hasta la saciedad cómo sus sueños de grandezas siempre quedaron desvanecidos. Con frecuencia, en efecto, incluso en los momentos más críticos, Israel no dejó de esperar futuras grandezas políticas, victorias deslumbrantes. Los repetidos fracasos han llevado al autor de nuestro salmo a esperar de Dios otro tipo de gloria y de salvación: *Señor, mi corazón no es ahora ambicioso, ni pretendo grandezas.*

Hagamos nuestra esta plegaria de infancia espiritual; también a los cristianos nos conviene recordar que las victorias que Dios nos ha prometido —y estas victorias son muchas— no son los triunfos de un reino de este mundo: “Si no os hacéis como niños, —nos ha dicho el Señor— no entraréis en el reino del cielo” *Que nuestro corazón no sea, pues, ambicioso, que sepamos acallar y moderar nuestros deseos como un niño en brazos de su madre*, imitando a aquel que es, “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29).

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antífona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 234) sea con una de las antífonas más conocidas: *Mi alma espera en el Señor* (MD 825 sólo la respuesta); *En Dios pongo mi esperanza* (MD 704); *El Señor es mi Pastor* (MD 838).

ORACION I

Señor Jesús, tú que eres manso y humilde de corazón,
tú que dijiste que quien acoge a un niño te acoge a tí,
tú que prometiste el reino de los cielos a los que se hacen como un niño
no permitas que nuestro corazón sea ambicioso
sino ayúdanos a acallar y moderar nuestros deseos
esperando en tí, como un niño espera en brazos de su madre.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor, tú que dijiste:
aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;
ayúdanos a no pretender grandezas
que superan nuestra capacidad
sino a esperar en tí
ahora y por todos los siglos.

(1) En la primera edición y en la edición catalana de Liturgia de las Horas, como segundo salmo de Vísperas del martes se asigna el 125, comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 198.

MIERCOLES III

SALMO 126 (1)

Para comprender el significado espiritual del salmo 126 puede ayudar mucho el conocer su contexto histórico: nuestro salmista vive en medio de las gravísimas dificultades del tiempo de la restauración después del destierro: se intenta reconstruir el templo, las murallas y la ciudad, pero las gentes que ocuparon Palestina durante el destierro lo impiden; por ello al mismo tiempo que se reconstruye es necesario luchar contra los que se oponen a la reconstrucción. Es necesario, como lo dice el salmo 149, *que los fieles canten jubilosos con vítores en la boca dando gracias a Dios por el retorno, que con su trabajo reconstruyan el templo y que, al mismo tiempo, tengan espadas de dos filos en las manos para defender a los constructores*. Es, pues, en este contexto de vigilancia, de reconstrucción y de trabajo duro en medio de enemigos, que Israel debe recordar que *en vano se cansan los albañiles, en vano vigilan los centinelas, si Dios no colabora, si no es el mismo Señor el que construye la casa y guarda la ciudad*.

Las dificultades para construir la ciudad eterna y nuestra ciudad terrena son dificultades de todos los tiempos; por eso el salmo 126 es evocador de la actitud de todo el que se esfuerza en construir: dichoso el hombre que, en su esfuerzo y en su trabajo cree, como los israelitas que trabajan en reconstruir el templo, que los mejores resultados son más obra de Dios que del propio esfuerzo, como *los hijos, que son una herencia que da el Señor*. Que después de todos nuestros afanes, al final del día, sepamos descansar en Dios y colocar nuestras preocupaciones en su seno: *Dios da el pan a sus amigos, incluso cuando duermen*. Sin el Señor nada podemos hacer (Jn 15,5); todos nosotros somos "edificación de Dios" (1 Cor 3, 9) no simple edificación humana.

Este salmo es mejor que lo proclame un lector; el pueblo puede acompañarlo sea con la antifona propia de este salmo (véase Celebración cantada de Liturgia de las Horas, n. 244) o bien con la siguiente antifona más conocida.
Que el Señor nos construya la casa (MD 827 sólo la respuesta).

ORACION I

Señor Dios, autor de todos los bienes,
tú que has querido
que cuando un hombre echa simiente a la tierra
mientras duerme de noche y se levanta de mañana,
la semilla germine y vaya creciendo, sin que él sepa cómo;
haz que los que construyen tu Iglesia
y los que vigilan la ciudad terrena
confíen más en tí que en su propio esfuerzo
y que, realizada la tarea que tienen asignada para cada día
crean que, incluso mientras duermen,
tú procuras el pan necesario a tus amigos.
Por Cristo, nuestro Señor.

(1) En la primera edición y en la edición catalana de Liturgia de las Horas, como segundo salmo de Vísperas del miércoles se asigna el 130, comentado en este mismo número de Oración de las Horas como el segundo salmo del martes (p. 469).

ORACION II

Construye tú mismo, Señor, la casa
que nosotros queremos construir en nosotros mismos;
guarda tú la ciudad terrena, que nosotros quisiéramos guarda
que no nos resulte inútil madrugar
ni velar hasta muy tarde,
sino que ayudados con tu auxilio
nos sintamos fuertes
y no quedemos derrotados cuando litiguemos
con nuestro adversario
en la plaza.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

JUEVES III: SALMO 131

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 199

VIERNES III: SALMO 134

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 199

DOMINGO IV: I VISPERAS

SALMO 129

Hoy para la celebración de estas I Vísperas del domingo usamos un salmo que, a primera vista, puede parecer no muy apropiado con el carácter festivo y alegre del día del Señor; el salmo 129, en efecto, es la plegaria penitencial de un pecador que, con clara conciencia de su culpa, se ve enfermo y a las puertas de la muerte en castigo de su pecado: *Desde lo hondo a tí grito, Señor...si llevas cuenta de los delitos ¿quién podrá resistir?*.

Pero a pesar de esta primera apariencia el sentido más profundo de nuestro salmo respira un ambiente muy distinto; más que la confesión de la propia culpabilidad el salmista expresa su plena confianza en la salvación de Dios; y es esto lo que hace del salmo 129 una plegaria muy propia para inaugurar la celebración del domingo, porque el domingo es precisamente el memorial de cómo Dios por la resurrección de Cristo arrancó al hombre del abismo, de la muerte y del pecado *no llevando cuenta de sus delitos, porque del Señor procede el perdón*.

El salmo 129 es uno de los cantos de peregrinación que los israelitas cantaban en su camino a Jerusalén; el nuevo Israel, en peregrinación también hacia la Jerusalén definitiva, repite hoy este salmo a las puertas ya de la celebración dominical, pregustación de su llegada a la Jerusalén eterna. Al acabar la semana, en la que probablemente no han faltado infidelidad ni pecado, no perdemos la confianza: *desde lo hondo de nuestra miseria, a tí gritamos, Señor*; el recuerdo de cómo Dios resucitó a Cristo, primogénito de la humanidad, alienta nuestra esperanza: *nuestra salvación no es obra nuestra, es del Señor que viene la redención copiosa, es él quien redimirá a Israel*, como resucitó a su Hijo, de entre los muertos.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antifona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 282) sea con una de las antifonas más conocidas: *En Dios pongo mi esperanza (MD 704)*; *Desde un abismo clamo a ti, Señor (MD 730)*.

ORACION I

Tu pueblo, Señor espera en tí,
la Iglesia espera en tu palabra;
nuestras culpas nos han hundido en el abismo
pero de tí viene la misericordia,
y la redención copiosa;
devuélvenos, pues, en este domingo que ahora empezamos,
la alegría de tu salvación
y haznos oír el gozo y la alegría.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACION II

Señor Dios de poder y de bondad,
que nos has dado la redención copiosa,
enviándonos a Jesús para que salvara al pueblo de los pecados,
no nos abandones ahora en lo hondo de nuestra miseria,
que tus oídos estén atentos a la voz de nuestra súplica
para que no quede defraudada nuestra esperanza
de que tú redimirás a Israel de todos sus delitos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

DOMINGO IV: II VISPERAS

SALMO 111

El salmo 111 es uno de los salmos rituales usados por Israel para celebrar la renovación de la Alianza; viene a ser como la lista de las bendiciones que Dios promete a quienes han sellado su pacto con él.

Al escuchar esta lista de bendiciones prometidas *al justo, que teme al Señor y ama de corazón sus mandatos* los cristianos pensamos, casi espontánea y necesariamente en Cristo, el Justo por excelencia, el que como cabeza del nuevo pueblo de Dios ha sellado en su sangre la Alianza nueva y eterna: Dios ha realizado en él todas las bendiciones prometidas en el salmo: *su descendencia —la Iglesia— es bendecida; él brilla en las tinieblas como una luz; su recuerdo es perpetuo*, como la misma celebración del domingo nos evidencia.

Pero este salmo puede evocarnos también la felicidad de quienes, por nuestra comunión en Cristo, somos también herederos de las bendiciones de la nueva Alianza; meditado en este contexto este salmo puede ser muy significativo para concluir el domingo: el bautismo, incorporándonos a Cristo, nos ha dado parte en las bendiciones divinas prometidas al justo: también nosotros somos luz del mundo, también nuestro corazón puede *estar seguro, sin temor de malas noticias* porque hemos escuchado la Buena Noticia de Jesús; también nosotros esperamos *alzar la frente con dignidad y ver derrotados a nuestros enemigos* la muerte y el pecado.

Que este salmo, pues, nos lleve, por una parte, a la contemplación de las perfecciones de Cristo, el Justo por excelencia, y por otra a la acción de gracias por la Alianza y por las bendiciones que, por Cristo, hemos obtenido.

Este salmo es mejor que lo proclame un lector, el pueblo puede acompañarlo sea con la antífona propia de este salmo (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 296) o bien con alguna de las siguientes antífonas más conocidas: Gloria y honor a ti, Señor (MD 604), sólo la primera estrofa); El Señor es mi luz y mi salvación (MD 842, sólo la respuesta).

ORACION I

Señor Jesús, luz que brillas en las tinieblas,
tú que amaste de todo corazón los mandatos del Padre
y has dejado en el mundo un recuerdo perpetuo;
tú que, incluso en medio de las angustias de la Pasión,
conservaste tu corazón firme, seguro y sin temor
y viste derrotados a tus enemigos, la muerte y el pecado,
danos parte de tus bendiciones:
haz de nosotros luz del mundo y sal de la tierra,
concédenos un corazón seguro y sin temor
y haz que en el último día, por haber amado de corazón tus mandatos,
podamos alzar la frente con dignidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

ORACION II

Señor Jesús, luz indeficiente de quienes aman de corazón los mandatos de Dios,
haz que todos los cristianos caminemos como hijos de la luz,
que nuestra caridad sea constante, sin falta,
que por haber repartido limosna a los pobres
podamos en el último día alzar la frente con dignidad
y escuchar de tus labios la bendición suprema:
"Venid, benditos de mi Padre,
heredad el reino preparado para vosotros, desde la creación del mundo,"
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

LUNES IV : SALMO 135

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 202.

MARTES IV

SALMO 137

El salmo 137 es el himno de acción de gracias de un rey que, superados los peligros de la guerra y vencidos los enemigos, va al templo a dar gracias a Dios por la victoria, confesando que el triunfo ha sido consecuencia de haber pedido el auxilio de Dios: *Te doy gracias, Señor, de todo corazón porque cuando te invoqué me escuchaste y cuando caminé entre peligros me conservaste la vida.*

Este salmo es fácil rezarlo puestos nuestros ojos en Cristo que "ora en nosotros como cabeza nuestra" (S. Agustín, Comentarlos a los salmos 85, 1). El Señor, en efecto, verdadero rey del nuevo pueblo de Dios, al emprender en su pasión la lucha contra el dolor y la muerte, *invocó a Dios*, su Padre y *Dios le escuchó caminando entre peligros*, a pesar de haber penetrado incluso en el sepulcro, *le conservó la vida* y, por eso ahora, *delante de los ángeles, le da gracias de todo corazón.*

Contemplemos a través de este salmo la victoria de Cristo, nuestro rey, *demos gracias al Señor de todo corazón* por esta victoria, que redunda en bien de todos los hombres y pidamos a Dios que *no abandone la obra de sus manos* iniciada en la resurrección de Cristo sino que *complete sus favores con nosotros*, llevando a todos los hombres a una salvación semejante a la de su Hijo.

Este salmo el pueblo puede acompañarlo cantando sea la antifona propia (véase Celebración cantada de la Liturgia de las Horas, p. 316) sea con una de las antífonas más conocidas: *Te damos gracias, Señor* (MD 833, sólo la respuesta); *El Señor hizo en mí maravillas* (981); *Gloria, honor a tí, Señor Jesús* (Deiss).

ORACION I

Te damos gracias, Señor, de todo corazón porque escuchaste a Cristo, tu Hijo, cuando en los días de su vida mortal te presentó oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, y, extendiendo tu derecha, lo salvaste de la muerte; completa, Señor, con nosotros los favores iniciados en Cristo y no abandones la obra de tus manos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACION II

Escucha, Señor, la oración de tu Iglesia que delante de los ángeles tañe para tí; tú que te fijas en el humilde y de lejos conoces al soberbio, extiende tu derecha sobre nosotros y sálvanos completando con nosotros aquella obra de tus manos,

que iniciaste al resucitar a tu Hijo de entre los muertos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

MIERCOLES IV : SALMO 138

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 204

JUEVES IV: SALMO 143

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 204-205

VIERNES IV: SALMO 144

Este salmo ya está comentado en Oración de las Horas, n. 45, p. 205.